

PERSPECTIVAS DE LA EDUCACION A LA LUZ DE LA BIBLIA

Emilio Betancur Múnera

¿ES POSIBLE LEER LA BIBLIA EN CLAVE DE UNA TEOLOGIA DE LA EDUCACION?

Se trata de esbozar en grandes líneas el estatuto correcto de la lectura de la Biblia en la perspectiva de una teología de la educación. Esto es indispensable por dos motivos:

- a. Porque se trata de un tema secundario respecto a otros bíblicamente más comprensivos: salvación, alianza... y
- b. por lo que significa la relación entre educación y fe, pedagogía y teología; por lo tanto entre educación y Biblia.

En concreto, la aproximación al tema implicaría resolver dos problemas:

1. El problema de la importancia del dato bíblico con relación a la educación: ¿qué consistencia tiene en la Biblia el discurso educativo? ¿Por qué razones el dato bíblico es normativo?
2. El problema del método. Dos son las cuestiones para responder: ¿qué cosas buscamos en la Biblia cuando le preguntamos por la educación? ¿cómo se debe buscar lo que el texto dice sobre la educación?

1. APROXIMACION A UNA RESPUESTA

En este momento nos interesa el hecho educativo según la Biblia en vista a una teología de la educación.

A la Biblia sólo podemos llegar con una visión previa de lo que entendemos por teología de la educación; e incluso, primero, el sentido que damos a la palabra teología.

La teología de la educación está encuadrada en una concepción más amplia de la teología, es decir, como ciencia hermenéutica de la experiencia de fe de la comunidad eclesial.

El objeto de la interpretación teológica es la experiencia cristiana de la comunidad eclesial; una comunidad que viviendo en el mundo debe confrontarse con teorías y prácticas políticas, económicas, artísticas, médicas, etc. De ahí nacen las llamadas teologías de. . . : Teología de las realidades terrestres, de la historia, de la secularización, de la paz, de la liberación, de la educación.

La Biblia no puede prestarse a deductivismos pedagógicos erróneos, pues no puede ser fuente automática de teorías o prácticas educativas cristianas; no se trata de reunir citas acerca de lo educativo o de usar de manera poco clara el término educación o pedagogía.

La secundariedad de la educación con respecto a otros temas de la Biblia crea el peligro de pasar a la realidad histórica un concepto prefabricado de educación; es decir, interpretar en sentido moderno datos del pasado que tienen un sentido diverso al que le damos ahora.

Hay que dejar hablar a la Biblia con el fin de recibir todos los sentidos de educación.

El área de búsqueda no puede limitarse a un motivo, ni a un período o testamento, a riesgo de parcializar; sino que busca una visión en toda la Biblia y de toda la Biblia con respecto al fenómeno educativo.

Pero para no comenzar por cosas demasiado amplias o estrechas, es necesario moverse metodológicamente en el ámbito de aquellos elementos que encierra, sin monopolizar, el hecho educativo en sentido estricto.

Estos códigos se manifiestan principalmente a través del vocabulario y las instituciones. A nivel lexical son puntos indiscutibles de referencia: los términos *jäsar / mùsar* y *paideúo / paideia* y sus derivados.

A nivel institucional: la familia, la enseñanza extrafamiliar, la escuela, la celebración religiosa y la relación entre generaciones son los niveles más propios de la educación.

Hay también categorías propias del sentido común educativo, tales como los responsables de la educación, los educandos, medios y formas de educación. Todos estos datos hay que interpretarlos a la luz de una concepción global del hombre. La búsqueda es completa cuando se encuentra de una manera explícita el significado revelado, la palabra de Dios intrínseca al fenómeno estudiado; esto ocurre cuando la palabra se coloca en el horizonte de fe del hombre bíblico; es decir entre el hecho educativo y el Credo; este patrimonio educativo y la totalidad de la revelación bíblica como viene expresada en la unidad jerarquizada del Antiguo y Nuevo Testamento.

En esta perspectiva se justifica y se impone la apertura a contextos más amplios con los que la historia bíblica de la educación ha entrado en contacto sea antes, durante o después de su desarrollo. En concreto se trata del mundo oriental antiguo: Egipto y Mesopotamia para el Antiguo Testamento; judaísmo en sus diversas formas para el Nuevo Testamento; el mundo helenístico tanto para el Antiguo como para el Nuevo Testamento.

La búsqueda de un saber que es fin en sí mismo, característica de los griegos, es casi imposible en Israel. Ni siquiera las ciencias elementales, necesarias para la vida, son autónomas, sino que están integradas en la perspectiva religiosa, así la astronomía rudimentaria permite fijar el calendario litúrgico; la geografía que es más bien una cosmología, coloca a Israel en el centro del mundo; las matemáticas sirven para los cálculos que se aplican a la Biblia, y los números tienen un valor simbólico. Israel no considera las fuerzas naturales como sujetos sagrados de poder o como objetos de temor; son creaturas y están sometidas al Creador. La visión bíblica ha liberado para el conocimiento humano un campo exento de toda prohibición. Allí reside el potencial metafísico escondido en la mentalidad bíblica.

La manera como el pueblo hebreo concibió y realizó la educación pertenece a los esquemas propios del Antiguo Oriente. Aspectos típicos de esta civilización son: teoría y práctica de la educación de los hijos, entendida como proceso de formación y robustecimiento de la vida moral, según normas del sentido común.

Esta educación moral acompañada y servida de una habilidad profesional del padre, el cual se sirve de procesos didácticos, tales como la seriedad y el rigor.

Junto al padre y la educación familiar fue surgiendo la figura del maestro o escriba y un buen número de Escuelas.

En cuanto a la educación en Israel no se puede hablar de cosas sistemáticas sino de una visión educativa con enunciados teóricos fragmentarios, exceptuando el movimiento sapiencial. A esto se llega por el análisis lexicográfico que se encuentra exclusivamente en *jāsar / músar (paideúo / paideia)* y a través del estudio de las instituciones de tipo social como la familia, el culto, la escuela, los profetas y sabios. Buscando, sobre todo, la relación que existe entre la persona del menor y los adultos que rigen estas instituciones.

Los niños y las niñas hasta la edad de cuatro años eran confiados al cuidado de la madre, ayudada de vez en cuando por nodrizas. Después la educación de las hijas pasaba a la madre y la de los hijos a los padres. De éstos recibían una educación primordialmente religioso - moral y profesional. En base al esquema de la educación paterna se organizó toda la formación posterior; formación impartida por los sabios y más tarde por los escribas.

La educación era concebida siempre como una severa disciplina que implicaba la corrección y el castigo (Proverbios 13, 24; 22, 15; 23, 13ss; 29, 15-17; 26, 3).

El padre y los sabios amonestaban e instruían a los inmaduros teniendo en cuenta la tradición y sabiduría de los antepasados. (Gen. 18, 18; Ex. 10, 2; Jos. 4, 6-9. 21-24; Jer. 35; 9, 19-21; Sal. 78, 1-8; Job. 15, 17).

Para Israel, la ley como expresión de la voluntad de Yahvéh, o del temor de Dios, se convierte en la finalidad de toda educación. "Toda educación de la que habla el Antiguo Testamento, es, en última instancia una llamada a la escuela (= obediencia) de Dios; de un Dios que en su libre misericordia ha permitido al hombre escucharlo".

En el contacto con el mundo griego y el judaísmo de la Diáspora el fuerte aspecto disciplinar y moralístico de la concepción tradicional toma un matiz intelectual, típico de la paideia griega.

Por otra parte existe una novedad y es la afirmación de Dios como sujeto activo de la educación de Israel, en particular a través del castigo. . . (Deut. 8, 5; Prov. 3, 11; Jer. 25, 8 ss.).

En el Nuevo Testamento el análisis lexical manifiesta una herencia del Antiguo Testamento; educar es un ejercicio de disciplina pero con una cierta influencia helenística que aparece sobre todo en las Cartas Pastorales (Efesios 6, 4; Colosenses 3, 21); es un caso explícito de suma importancia en cuanto sintetiza el sentido neotestamentario de educación, manifiesta cuál es su sentido: la relación entre padre e hijo debe ocurrir en *Paideia Kyriou*; en el contexto de la gracia que nos trae Cristo.

Pero los mejores testimonios vienen de las cartas pastorales y católicas, es decir de un período muy lejano a sus orígenes.

El ambiente del Nuevo Testamento está influenciado por su contexto inmediato; pero sobre todo por el mundo educativo hebreo.

El mundo judío con su expresión rabínica tiene acentuados intereses educativos que pasan por la institución de la escuela y por una radicalización en la observancia de la ley como finalidad única. Gracias a Filón y Flavio Josefo se quiere unir el contenido de la tradición veterotestamentaria a la concepción griega de paideia y traducirlo en ésta, para demostrar la superioridad del mundo judío sobre el griego.

En síntesis es antropocéntrica la concepción pedagógica del mundo clásico, nomocéntrica la del judaísmo (rabínico); y finalmente como Kyrio—cristocéntrica la paideia neotestamentaria, capaz de cumplir la función educativa "Teocéntrica" que ejercía el Antiguo Testamento.

2. LA PEDAGOGIA DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

2.1. La Ley de los Profetas

Al inicio no se encuentra en la tradición bíblica la idea de educación, como formación religiosa y moral del hombre. Israel fue elegido por Dios y si no se adapta a las exigencias divinas arruina su vida (Gén. 17, 14; Ex. 12, 15.19). Las pequeñas faltas se pueden, en cambio, reparar con sacrificios expiatorios. Si Dios es santo el pueblo elegido debe ser santo (Lev. 20, 26). Así es como funciona la realidad educativa en el Antiguo Testamento. Pero aún falta todo el desarrollo de una terminología pedagógica lo mismo que su proceso psicológico.

Si la santidad no fue concebida en sentido cultural sino ético, entonces, el cumplimiento de los preceptos morales se convierte en deber para los miembros de la Alianza. Este deber está asistido por Dios para llevarlo a feliz término. El es quien da los mandamientos, castiga las transgresiones y premia su obediencia. Dios conduce a Israel a la meta que El mismo le ha señalado. Los cantos y relatos del Antiguo Testamento resaltan la acción divina; y las observaciones y palabras de los profetas educan al pueblo en la Alianza.

La fe en el Dios de la Alianza como horizonte último de la educación en Israel es característica de la tradición histórico-profética. El léxico pedagógico está centrado en Jäsar - mûsar y quiere presentar a Dios como educador. La catequesis doméstica más que como momentos educativos o propósitos de la pascua puede pensarse como un emblema del modo como Israel pensaba la educación. Así aparece en el Deuteronomio: 4, 5; 6, 2-9. 20-25; 11, 18-21; 31, 13.

El Deuteronomio pone en guardia al pueblo de Israel para no olvidar al Señor como Educador (6, 12; 18, 11, 14. 19) y los acontecimientos del Horeb (14, 9. 23) y del desierto (9.7). Exhorta a recordarse de su Señor (8, 18) quien lo liberó de la esclavitud de Egipto (5, 15; 7, 18-19; 15, 15) y de las experiencias ricas en enseñanzas a través del desierto (8, 2; 9, 7; 24, 9).

Veamos la atención de Deuteronomio 6, 7, la orden que se da al padre "Tú debes esculpir en tus hijos"; éste es el motivo de la catequesis familiar.

La predicación Deuteronomista no sólo pretende conservar la memoria de los acontecimientos sino que quiere guiar al pueblo haciéndole tomar conciencia de aquello que el Señor ha cumplido y dicho durante el Exodo. Este recuerdo equivale a considerar los acontecimientos como norma a seguir, sin perderlo de vista en todos los momentos de la vida. Es una enseñanza que para los hijos tiene una



eficacia "sacramental" en cuanto permite a las jóvenes generaciones participar en el pueblo de Dios y gozar de la predilección de Dios.

El conocer las costumbres de los padres en su origen y practicarlas en el presente es la manera de continuar viviendo los grandes acontecimientos constitutivos de la Historia de Israel e incorporarse a todo lo que significa Israel.

Participar significa, entonces, aceptar las orientaciones de Israel como conducción de Yahvéh. Así es como la catequesis familiar, como memoria de salvación se hace ley. El hijo se siente instruido por las leyes y las normas de Israel sin distinción de planos pero sintiéndose llamado al amor único del Señor (Deut. 6, 4-6).

La ley asume una función educativa sagrada. La ley y la educación, que está a su servicio, es signo de liberación y de pertenencia a la comunidad de Dios. La ley es la vida de amor a Dios y de fraternidad con los hermanos, especialmente hacia los pobres. Estamos más cercanos de lo que puede parecer a la educación según Efesios 6, 4.

En el contexto que venimos analizando debe situarse otro aspecto muy importante: la relación de los hijos hacia los padres. Se trata en la revelación histórico-profética de una educación que refresca la relación con Yahvéh, de tal manera que el padre revela el sentido de Dios a sus hijos, y los hijos obedeciendo a sus padres, acogen la gracia de tal revelación.

Esta armonía se convierte para los profetas en signo escatológico de la Era Mesianica: "Enviaré al profeta Elías. . . para que convierta el corazón del padre hacia los hijos y el corazón de los hijos a los padres" (Mateo 3, 23-24). En el Nuevo Testamento en nombre de Jesús se va a llamar a las obligaciones de educación de los padres frente a sus hijos y de éstos con sus padres (Col. 3, 20-21; Efesios 6, 1-4, conf. con la cita de Ex. 20, 12).

El reconocimiento en la tradición Deuteronomística de una raíz teológica en la educación familiar se enriquece con los motivos de la tradición sapiencial.

Si el fin de toda educación es la sabiduría, esto no ocurre sin una norma religiosa; en concreto para Israel, mediante la rigurosa observancia de la ley, ya en Proverbios el temor de Dios (*Misar*) 15, 33 es una escuela de sabiduría.

Si ésto es así no es para eximir al hombre en su búsqueda y esfuerzo, sino para garantizarle una aproximación más sensata a su objetivo de Educación. La sabiduría es, entonces, el intento hecho por Israel para expresar su humanidad. Este humanismo debía ser renovado permanentemente por Israel a partir de su puente que era la fe en Yahvéh. Pero aún faltaba, como anota Von Rad, a esta enseñanza de los sabios, el advenimiento de la Redención.

Entre líneas va surgiendo un problema crucial en el campo educativo: la relación entre fe y razón, naturaleza y gracia.

2.2. Dios educa a Israel como un padre a su hijo.

Este es uno de los argumentos más desarrollados en toda la Biblia; y se explica por la manera cómo el hombre bíblico identifica los papeles de Padre y Maestro y respectivamente Hijo, Discípulo (Deut. 6, 4 ss.; Prov. 1, 8, 10, 15; 3, 1; 4, 1; 5, 1. . . Deut. 6, 2). Este esquema Israel lo proyecta a Dios de lo que resulta que la relación de Dios con su pueblo se entiende como la de un padre-maestro con su hijo-discípulo (Deut. 1, 31; 8, 5; Os. 11, 1-4; Is. 1, 2; Jer. 3, 14-15; Prov. 3, 11-12; 8, 32; Jer. 4, 17; 6, 19; Sab. 11, 10; 12, 21-22; Marc. 10, 24; Jn. 13, 33; Heb. 12, 5 ss.). Un texto fundamental es también el de Hebreos 12, 5-11 y Apoc. 3, 19. Hebreos 12, 5-6 recordando Prov. 13, 11-12 muestra cómo Dios educa a su pueblo sobre todo a través del sufrimiento, es una educación que corrige dando una lección, es una disciplina divina; así se puede llamar la educación por medio del sufrimiento que nos presenta la escuela histórico-profética. Ante el problema del dolor el hombre bíblico ha intentado dar diversas explicaciones; una es la educativa. El problema central es el problema del mal; pero el pensamiento teopedagógico del Antiguo Testamento no absolutiza el hecho educativo, no subordina a Yahvéh a la paideia, sino que la entiende como una de las tantas acciones de Dios.

En este modelo educativo el hombre bíblico aprende a mirar a Dios, a abrir el corazón a El, a arrepentirse de los pecados y entrar a la alianza.

Existe disciplina divina si el dolor es visto como expresión del amor y la misericordia de Dios (Deut. 8, 5; 2 Sam. 7, 14; Hebreos 5, 8; 12, 5-6; Apoc. 3, 19).

La obra educativa de Yahvéh se refiere en primer lugar al pueblo y no a un particular; y está, además, en función de la vida y el futuro del pueblo de Dios.

De otra parte, las representaciones pedagógicas pertenecen al contexto de la metanoia, de la obediencia y la comunión con Dios. Pero, sin duda alguna que el problema del mal hace difícil un esclarecimiento del carácter pedagógico del dolor. No es la disciplina de Dios la que nos hace hijos, sino el ser hijos de Dios lo que hace del dolor un signo de la pedagogía de Dios. La paideia divina es epifanía de la paternidad y filiación divina pero no la constituye y por esto sólo puede perfeccionar esta filiación.

Al fin de la educación no está el hombre suficiente en paz consigo mismo, sino que está en paz con Dios en mérito a un adiestramiento propio de la Escuela de Dios.

3. LA EDUCACION EN EL NUEVO TESTAMENTO

Un testimonio más articulado del tema educativo se encuentra en las llamadas "Tablas Domésticas" (Col. 3, 18 — 4, 1; Ef. 5. 22 — 6, 9; 1 Pe. 2, 13 — 3, 7) las que, con el problema de la relación con el estado, (Rom. 13, 1—7), tocan la ética de la familia en sentido bíblico: marido y mujer, padre e hijo, patrón y esclavo. Es en estas tablas en donde encontramos el aspecto educativo (Ef. 6, 1—4; Cor. 3, 20—21). La Iglesia tenía que tomar posición sobre la educación ya que muchos de sus miembros eran casados, tenían hijos, o se encontraban en situación de esclavitud. Así el discurso cristiano sobre la educación superaba el ámbito estrictamente familiar como se describe en Efesios y Colosenses y aparece en el contexto comunitario. Este es el camino para estudiar la práctica educativa del Nuevo Testamento.

El Nuevo Testamento tiene presente los diversos grados de la edad. La vida conoce una prioridad temporal (*Elikia*: Mt. 6, 27; Lucas 12, 25) que puede ser de madurez (Juan 9, 21. 23; Heb. 11, 11) o de inmadurez (*Mikrós*: Marcos 14, 40; Hechos 8, 10). Pero prevalece el esquema binario de *Népios* / *Aner* (1 Cor. 13, 11), *paidión* / *Téleios* (1 Cor. 14, 20), *Neóteroi* / *Presbyteroi* (1 Tim. 5, 1ss; Hech. 5, 6.10; 1 Pe. 5, 6; Luc. 22, 26).

La figura del niño (*Bréfos*, *paidion*, *técknon*, *mikrós*, *népios*) es una figura bien conocida en el Nuevo Testamento.

En los tiempos de Jesús recordamos los testimonios clásicos relativos a Jesús y su infancia (Lucas 1, 36.41-44. 57.59; 2, 7.12.16. . .) y a Jesús con los niños (Marcos 10, 13ss., Mateo 21, 16).

Jesús aceptó con amor la realidad humana de los niños que se convierten en símbolo religioso de los candidatos al Reino. Jesús también subraya la inmadurez superada Mt. 11, 16 ss. Pablo de la figura del niño reconoce el intenso mundo afectivo (Gál. 4, 19; 1 Tes. 2, 7; 2 Cor. 12, 14; 1 Cor. 4, 14ss) y también la inmadurez que debe ser superada (1 Cor. 13, 11; 14, 20; cf. 1 Cor. 3, 15; Gál. 4, 1).

El Nuevo Testamento habla con frecuencia de la figura del joven (1 Jn. 2, 13ss; 1 Tim. 5; Tito 2, 6; 1 Pe. 5,5).

Es significativo lo relativo a Jesús y al Bautista en su crecimiento. En Lucas 2, 40 el "crecer y fortalecerse". (*Auxáxin y Kratoioûsthai*) indican el crecimiento biológico y espiritual típico de una persona humana; es el progreso presidido por un sabio designio de Dios. También de Lucas 1, 80, el crecimiento en el "Espíritu" (*pneuma*) de los jóvenes implica la maduración intelectual del joven. La pregunta "¿qué será de este niño?" (el Bautista), Lucas 1, 66, expresa una inquietud elemental frente a alguno que comienza a crecer: la respuesta que agrega Lucas ("la mano del Señor estaba con él") refuerza aún más la tensión hacia el futuro.

El episodio de Jesús en el templo (Lucas 2, 41-52) expresa además

del significado teológico, un gesto típico de todo israelita al cumplir doce años: permanecer en el templo. El escuchar y responder (Lucas 2, 46-47).

Si relacionamos Lucas 2, 40 y 1, 80 lo mismo que Lucas 2, 52 es posible encontrar un proyecto de formación total y global que debía hacer de Jesús un hombre perfecto: el desarrollo físico, psíquico y espiritual.

El Nuevo Testamento trata también de otros jóvenes de manera general y específica, aunque sin precisar la edad. Hombres: Lucas 7, 14; Marcos 14, 51; Juan 4, 49; Mt. 19, 20-22; Hechos 5, 6-10; 20, 9 ss. Mujeres: Marcos 5, 42; Mateo 14, 11.

Vale la pena anotar como 1 Tim. 4, 12 amonesta a no desperdiciar la "juventud" (*Neótes*) del joven Timoteo; y en 2 Tim. 2, 22 se mencionan "las pasiones juveniles" (*Epithymiai Neoterikai*).

De otra parte la profecía de Joel 3, 1-5 que señala la irrupción del Espíritu en los tiempos nuevos y que va a realizarse también en los jóvenes (*Neaniskoi*), Hechos 2, 17.

Acerca de la figura y oficio del padre, el Nuevo Testamento tiene una elevada estima, hasta el punto de presentarlo como imagen de Dios mismo (Lucas 6, 26-32; Lucas 15, 11). Son dos las características del padre con respecto a los hijos: la primera consiste en la bondad de ánimo que se manifiesta en la escucha y el cuidado material (Mateo 7, 9-11 ss). En "las tablas domésticas", con un sentido educativo, el padre es amonestado para que no exaspere a los hijos (Ef. 6, 4; Col. 3, 21), en cuanto esto puede ser signo de una paternidad imperfecta (Hebreos 12, 10), en cambio, lo que debe hacer es educarlos, levantarlos (*Ektréphein*, Ef. 6, 4) según la *paideia kai nouthesía Kyriou*.

Pablo en 1 Tes. 2, 11 cualifica la intervención de un padre como uno que exhorta, conforta, insiste (*Parakalein, paramy-theísthai, martyrûsthai*). A los ojos del apóstol está la imagen de un padre que habla a su hijo cordial y persuasivamente. El segundo distintivo es la autoridad en la conducción de la familia, tanto que la intervención disciplinar del padre aparece no sólo lícita sino necesaria e indiscutible (Hebreos 12, 7-10), lo expresa bien la sumisión que aparece explícita en las tablas domésticas.

Aún más explícitamente en 1 Tim. 3, 4; 3, 12 la capacidad del obispo y del diácono de saber conducir sus hijos se convierte en una garantía para poder llegar a un cargo público en la comunidad. Esto supone cualidades pedagógicas, tacto, sentido del deber, arte de persuadir, principios, paciencia.

Esta relación entre acción educativa familiar e idoneidad en el ejercicio pastoral en la gran familia que es la Iglesia manifiesta así cómo el elemento cristiano se radicó sin problemas en lo humano.

En cuanto a la figura de la madre algunos textos parecen incluir una responsabilidad educativa, 1 Tim. 2, 15.

Spicq propone el siguiente sentido a este texto: "la mujer obtendrá su salvación de Dios aceptando su condición humana según la Providencia: ser madre de familia".

En el texto se incluye la misión de la educación cristiana de los hijos por lo cual la salvación de la madre pasa a través de su labor como madre.

También 1 Tim. 5, 10 anota la función educadora de la madre. Un excelente ejemplo de educación materna cristiana es el de la abuela de Timoteo, 2 Tim. 1, 5 y el entusiasmo por la Escritura 2 Tim. 3, 15.

Si en cuanto al sujeto de la educación, educando-educador (hijos-padres), el Nuevo Testamento expresa alguna cosa, en cuanto al problema de las formas, el lugar y el fin de la educación juvenil, el material es mínimo y hay que acudir al ambiente social de ese momento.

El lugar educativo por excelencia es la familia; ésta tiene un papel determinante (Hechos 2, 46; Tit. 1, 11; Juan 8, 35).

4. LO ESPECIFICO DE LA EDUCACION CRISTIANA "LA PAIDEIA KYRIOU" (Efesios 6, 1-4).

A primera vista parece extraño poner sobre este texto todo el énfasis del pensamiento cristiano sobre la educación y no en Jesús mismo o en Pablo. Este texto es representativo de concepciones más amplias que se encuentran en el Nuevo Testamento.

Efesios 6, 1-4 pertenece a un conjunto más amplio dentro de la Carta a los Efesios (Ef. 5, 17; 4, 1). Si tenemos en cuenta que Efesios 6, 1-4 literariamente hace parte de la llamada "tabla doméstica" nos muestra este otro nivel de investigación del texto y lo que es más importante la palabra clave "*en paideia kai nouthesis kyriou*" (6, 4), en donde se encuentra el término técnico de educación paideia unido al título Kyrios atribuido a Jesús.

El texto dice: "Hijos, obedezcan a sus padres; éste es un mandamiento: Honra a tu padre y a tu madre y es el primero de los mandamientos que va acompañado de una promesa: para que seas feliz y goces de una larga vida en la tierra. Y ustedes, padres, no hagan de sus hijos unos rebeldes, sino edúquenlos usando las correcciones y advertencias que puede inspirar el Señor" (*ektréfete autá en paideia kai nouthesis kyriou*).

La actitud amorosa de los padres es vista como un medio pedagógico (6, 4) para ayudar a los hijos a obedecer, a realizar el precepto, es decir, la promesa del Señor (6, 1-3); y todo esto en un contexto de fe: que en relación con el kyrios es Cristo Resucitado. Es en lo que significa "en el Señor" dónde está la clave de lectura y reside la novedad cristiana. Es la temática educativa en relación a la persona del

Kyrios. *Paideia* es el concepto que indica la conducción general del niño; mientras que *nouthesia* es la educación mediante la palabra. Hay quienes prefieren referir *paideia* al aspecto disciplinar y *nouthesia* al intelectual psicológico.

La *paideia* de que habla el texto lleva consigo un significado greco-helenístico (instrucción, formación) y veterotestamentario—judío (disciplina y corrección). La *Paideia Kyriou* representa para el hombre bíblico la expresión sintética de las intervenciones de Dios en la historia de su pueblo; gestos pensados como educación, según un proyecto pedagógico. Esta pedagogía de Dios en Efesios 6, 1—4 se relaciona con la educación que los hombres deben impartir a sus hijos; la acción educativa del creyente está en relación con la de Dios, y más concretamente en el Nuevo Testamento, con la acción de Cristo Resucitado. La educación está unida al Kyrios como objetivo y frente de eficacia. En los padres y por medio de los padres es Cristo quien educa. San Pablo no pretende eximir al educador cristiano de una inteligencia educativa y de una responsabilidad personal; al contrario lo que pretende decirnos es que toda educación que se inspire en la fe debe presentar e incorporar a los educandos en la pedagogía salvífica del Señor.

La sumisión no es absoluta y unilateral ya que aquellos que deben someterse a su vez están obligados al respeto y amor de sus educadores. La Carta a los Efesios pone el tema de la educación en sentido cristiano; esto significa que el Kyrios o misterio de Cristo resucitado es la medida de todo. Por lo tanto es el ágape la actitud última que penetra todas las estructuras educativas.

Es en razón del Kyrios y del ágape, por lo que el cristiano debe tomar en serio el mundo de la educación.

La referencia al Kyrios y al ágape vale como animación y verificación de la responsabilidad educativa pero no como solución inmediata de cosas que dependen del esfuerzo humano.

5. JESUS — MAESTRO

Existía un interés pedagógico particular en el Rabinismo y esto significó un buen número de Escuelas, estuendos maestros, amplitud en el contenido y riqueza en el método. Jesús no pudo ni quiso evitar ese influjo. Siendo joven se inició en la Escuela del Templo (Lucas 2, 46—47). Siendo adulto manifiesta, por lo que dice y lo que hace el estilo del Rabino: Enseña en las sinagogas (Mc. 1, 21); reúne a los discípulos (Mc. 1, 16ss), discute con los otros rabinos (Mc. 12, 28ss). En sus palabras y actitudes se reconocen las reglas de la tradición de los Escribas. Todo esto tiene una intencionalidad educativa.

De hecho a lo largo de la pedagogía y la educación cristiana desde el Jesús "Didáskalos" de Clemente de Alejandría hasta nuestros días,

la figura de Jesús Maestro es un punto de referencia como modelo educador.

La imagen de Jesús Maestro es una referencia ineludible en quienes, por la fe, queremos comprender el sentido último de la pedagogía de Dios.

Para todo el Nuevo Testamento Jesús es la norma de todo Magisterio en cuanto Salvador. Esta afirmación adquiere toda su importancia con los Padres de la Iglesia.

Ireneo, estimulado por Clemente Romano, considera que la doctrina de Cristo no es sólo una comunicación de ciencia sino una exigencia de imitación; y por lo tanto, entiende a Cristo Maestro como Cristo Educador; apareciendo así la historia de salvación como un plano único de Dios, al mismo tiempo doctrinal y pedagógico.

Clemente de Alejandría situándose en la paideia griega comprende a Cristo como el Didáskalos de toda la humanidad que invita a judíos y a paganos a la "Escuela" que es la Iglesia; y en donde el fin de la educación es la divinización. Jesús-Maestro en el Nuevo Testamento tiene un sentido magisterial; mientras que en los Padres tiene un sentido más pedagógico. Pero al hablar de Jesús como Maestro estamos trascendiendo el aspecto magisterial y educativo propios de los rabinos de su tiempo.

Jesús no es sólo exégeta de la tradición, derivando su autoridad de la ley y apoyando su interpretación en los ancianos. El afirma ser enviado de Dios y tener poder para tratar críticamente la tradición (Marcos 7, 14ss; 10, 1ss; Mateo 5, 21-48).

La relación de Jesús con sus discípulos es única.

TRADICION HEBREA

- Los discípulos escogen su maestro.
- Los discípulos deben aprender la ley.
- El discípulo puede llegar a ser maestro.
- Los discípulos deben aprender lo enseñado.

NUEVO TESTAMENTO

- Jesús escoge sus discípulos.
- Los discípulos se ejercitan en el cumplimiento de la voluntad de Dios.
- Sólo Jesús es el Maestro; los discípulos son hermanos.
- Los discípulos deben imitar al Maestro.

Todo lo anterior hace que no se pueda hacer una lectura del Nuevo Testamento con carácter exclusivamente pedagógico. Jesús no es el fundador de una pedagogía cristiana o religiosa; El no ha creado un sistema pedagógico; pero ha puesto los fundamentos, ha dado las motivaciones que garantizan una educación cristiana y que permiten

reunirnos a hablar de la educación por tema sin necesidad de identificar anuncio con lo que hoy llamamos enseñanza, Reino de Dios con educación formal, o fe con métodos de la educación.

Referirse a Jesús como Maestro y educador del hombre es obligatorio y legítimo, pero si esto significa querer encontrar en el Evangelio una pedagogía o didáctica sagradas, es exponerse a una lectura incorrecta de los textos porque el valor de Jesús y el sentido de los textos está en otro plano: la salvación. Reconocer esto y buscar unirlo con las exigencias y los datos de las ciencias humanas es respetar tanto la fe como la razón y educación según la *paideia Kyriou* de Efesios 6,4.

6. LA LEY PEDAGOGO HACIA CRISTO (Gál. 3, 24). LA GRACIA EDUCADORA (1 Tit. 2, 11-12).

Pablo escribe: "Así la ley es para nosotros como un pedagogo que nos ha conducido a Cristo (*o nómos paidagogós ghégonem eis Christón*) para que fuésemos justificados por la fe".

No es una negación de la función educativa de la ley sino una reconsideración de su significado profundo en relación a Cristo, quien cualifica el papel preciso de la ley. Es legítimo atribuir una función positiva de la ley en el ámbito cristiano si se considera ésta en plena dependencia del Kyrios. La ley vale para los creyentes en vía de formación y por ésto tiene un papel educativo. Bajo el punto de vista cristiano es un error el uso pedagógico de la ley que no esté animado por la Ley del Espíritu, que en último término es ley del amor (Rom. 13, 10). Gálatas 3, 24 no es pues un no rotundo al potencial educativo de la norma, sino a cualquier norma que sea entendida a la manera judía. Cristo es el indicativo de donde nace el imperativo de la *paideia kyriou*.

Es desconcertante que Tito 2, 11-12 reúna dos términos tan diversos como son: gracia — educadora. De una parte la gracia que expresa la trascendencia total de la perfección cristiana y la *paideia* que al menos en el mundo griego indica el desarrollo de una vida virtuosa desde las fuerzas del hombre.

En Tito 2, 11-15 leemos: la gracia de Dios que es históricamente el acontecimiento cristiano en el tiempo (*epifónē*), realiza esta acción de salvación mediante una permanente acción educativa (*paideúousa*), ¿de qué manera? negativamente con una ruptura decisiva ante lo pagano, positivamente restaurando relaciones correctas consigo mismo, con el mundo, con Dios (v. 12), y teniendo presente el cumplimiento parusíaco de la salvación (v. 13).

Este texto es una bella expresión neotestamentaria de la pedagogía salvífica. La gracia salva en el momento en que educa. El hombre debe trabajar y luchar por llegar a ideales humanos bien expresados en la educación griega; pero ésto sólo lo logra cuando participa

de la epifanía de la gracia de Cristo, y en espera de la epifanía de la gloria de Cristo en la parusía. La existencia del educador cristiano se mueve en dos epifanías de Cristo, la primera no es más que una pedagogía de la segunda (vv. 11—13).

La gracia es una educadora permanente del cristiano. La gracia educa en cuanto fomenta la virtud pero no sólo según la medida de la razón sino, sobre todo, a la luz de la fe y con la fuerza del Espíritu Santo (2 Tim. 3, 15).

Así como en la Carta a los Efesios el Kyrios era el que daba el sentido cristiano a la educación de los hijos, en Tito a nivel de una pastoral Eclesial es la *xaris*, la gracia, el fundamento histórico-salvífico de las actitudes morales.

En lugar de *paideia Kyriou* en Efesios 6, 4 se podría decir *paideia xaritos* en Tito 2, 11—12. Para un educador cristiano ésta es una referencia preferencial y normativa, abierta al diálogo con las fuentes de la razón y el resultado de las ciencias humanas.

7. EL HOMBRE COMO IMAGEN DE DIOS (Col. 3, 10). EL CRECIMIENTO Y LA PERFECCION CRISTIANA (San Pablo). SER EDUCADOR ES SER PADRE (SAN PABLO)

Si Dios es un padre que educa, ¿qué efectos produce en nosotros sus hijos para conocer la historia de la pedagogía cristiana?

Esta historia tiene tres clases de interpretación:

1. El hombre como imagen de Dios.
2. El seguimiento e imitación de Jesús.
3. El crecimiento y la perfección cristiana.

Cada uno de estos aspectos tiene una funcionalidad educativa. El hombre como imagen de Dios es la fórmula fundamental de una antropología bíblico—cristiana.

En el contexto de la creación se dice que el hombre es un ser en relación con Dios como modelo o copia, como el hijo es el padre, Gen. 1, 25ss. Esta es una verdad que corresponde al proyecto de Dios antes del pecado. Después del pecado el motivo imagen de Dios adquiere una dimensión soteriológico—escatológica. La creación espera la salvación para ser como Dios quiere. En este contexto la imagen de Dios en el Antiguo Testamento se orienta en dos direcciones: *Mesiánica*, el rey ideal es saludado como imagen del Dios viviente; *Antropológica*, el hombre israelita que está en Alianza con Dios es visto como semejante a Dios.

En los libros sapienciales surge la idea de una solución escatológica (Sir. 17, 1ss y Sab. 2, 23) o la idea que la imagen de Dios está en la Sabiduría (Sab. 7, 26), participando en ella se llega a la inmortalidad a ser aquello que se había previsto desde antiguo, la imagen de

Dios. Para Israel el motivo de la imagen de Dios designa lo más humano de un israelita, su realidad de privilegio en cuanto es capaz de vivir según la ley mosaica. La permanencia de la semejanza con Dios depende de la conducta del hombre hacia la ley. La semejanza a Dios no es sólo base de la vida ética sino también su fin.

En el Nuevo Testamento la idea de la imagen de Dios (Eikon tou theou) tiene en Pablo un magnífico teólogo: Cristo es imagen perfecta de Dios (Col. 3, 10; Ef. 4, 24); el cristiano se convierte en imagen de Cristo (Rom. 8, 29; 1 Cor. 15, 49; 2 Cor. 3, 18).

Es útil hacer notar los contextos en los cuales aparece esta idea: En la predicación apostólica a la comunidad (2Cor.), en el contexto bautismal (Colosenses; Filipenses; Efesios), en relación a la Resurrección y la Escatología (1 Corintios; Romanos).

En el corazón del Nuevo Testamento está la afirmación de que Cristo es la imagen perfecta de Dios y Pablo agrega que lo que lo constituye como imagen de Dios es ser hijo de Dios. Este indicativo de gracia se convierte para Pablo en un imperativo ético: la "conformación" de Romanos 8, 29 no quiere decir "ser iguales" a Cristo sino establecer un proceso de asimilación al que se refieren Col. 3, 9ss; Efesios 4, 22—24.

¿Qué consecuencias tiene para un educador, un educando cristiano la conciencia de ser imagen de Dios?

Sentirá la necesidad de mirar al hombre en relación con Dios y tratarlo como tal. Mantendrá presente el sentido de esta relación, de acuerdo a la bella síntesis que hace Gaudium et Spes en el No. 22. El hombre es imagen de Dios en cuanto se asemeja a Cristo, imagen por excelencia del hombre realizado.

Si toda criatura en cuanto tal es imagen de Dios lo es en plenitud cuando se hace discípulo de Cristo.

La imagen de Dios en el campo educativo hay que considerarla al mismo nivel del Kyrios en Efesios 6, 4.

La afirmación bíblica de la imagen de Dios es válida para todos los hombres de todos los tiempos y lugares; pero para su realización se requieren mediaciones pedagógicas concretas sugeridas por las circunstancias y diversas situaciones. Hacer realidad esta idea de la imagen de Dios requiere pensar en la educación como un servicio que un cristiano presta a otro, mediante una corresponsabilidad formativa para que se puedan realizar según la imagen de Cristo. Eso es lo que pretende el Nuevo Testamento mostrar: que el hombre llega al culmen de su semejanza con Dios a través de la imitación y conformación progresiva con Jesús.

La pedagogía cristiana siempre ha tenido esta convicción. Es lógico pasar de la semejanza con Dios y Cristo a seguimiento e imitación de Dios y Cristo. La exigencia del seguimiento se traduce



en Ética, ideal y norma. Seguir a Jesús para imitarlo, se convierte para la práctica educativa cristiana en un valor objetivo supremo.

Pero el Nuevo Testamento no es una invitación a rehacer materialmente los gestos de Cristo; pues la acción salvífica es única e inimitable. Sólo las actitudes, los grandes motivos e intenciones que lo mueven pueden ser modelos para la vida moral del cristiano; educación no es mimetismo; por ello es mejor hablar de los conductos que se deben seguir de acuerdo al seguimiento de Cristo. Por lo anterior hay que tener cierta cautela al usar categorías interpretativas de Cristo que lo hace aparecer como líder, maestro de una "Escuela" de moral o restaurador de un nuevo sistema ético; en último caso como modelo estático para copiar.

Las ideas de crecimiento, perfección o madurez tan comunes al lenguaje educativo también lo son al lenguaje bíblico pues la vida cristiana está regida por una ley de progreso; es el grano de mostaza que se hace grande, o como los niños que crecen adquiriendo madurez y llegando a ser adultos. La posibilidad de retorno y decaimiento hace más urgente el empeño permanente. El teólogo del crecimiento cristiano es San Pablo.

La noción de crecimiento tiene gran importancia en el pensamiento de Jesús: Las parábolas del Reino (Mateo 13) y la espera escatológica (Mateo 25, 14—30; Lucas 19, 12—27). Pero es Pablo quien acosado por la noción de tiempo y de escatología ve que la vida cristiana no es sólo espera y constante paciencia sino fuerte dinamismo. El Señor glorioso no es sólo el que ha de venir sino el que obra en el corazón de los cristianos por medio de la esperanza y el amor, conformándolos con su propia imagen.

En Pablo el progreso tiene un sentido religioso en relación con el crecimiento del Evangelio y el avance en las virtudes cristianas (Filipenses 1, 12—25; 1 Tim. 4, 15) y en perspectiva escatológica (Romanos 13, 12).

¿Quiénes realizan este progreso? Dios ocupa un puesto primordial, pues el progreso cristiano es constitutivamente don de Dios, un don que tiene como mediación la predicación de los apóstoles, de la Iglesia, de los Sacramentos y que tiende a la conexión del hombre con Dios.

El hombre, a quien Pablo integra de manera imprescindible y dramática como aparece en las imágenes agonísticas (1 Cor. 9, 24—27; Filipenses 3, 10—16), como también militares (Efesios 6, 10—19; 1 Tes. 5, 8). Lo que pretenden los textos es mostrar la necesidad de un progreso continuo que exige rigor y sacrificio; es el don de una conquista. Además de una dimensión personal del crecimiento, Pablo relievaa un aspecto social o eclesial: es un crecimiento de la comunidad como cuerpo de Cristo, Efesios 4, 12—16. Por eso se puede hablar de una resonancia cósmica del crecimiento cristiano en cuanto al obje-

tivo del proyecto de Dios, recapitular todo en Cristo (Rom. 8, 19—23; Efesios 1, 10; Col. 1, 15—16).

Pero el crecimiento en el Nuevo Testamento aunque integra al hombre en el progreso, escapa a toda planificación racional; no conoce proceso evolutivo ya que subsiste con la debilidad, la pobreza de los medios humanos; no conoce grados o límites de edad, no conoce la decadencia en términos temporales; es un crecimiento teológico y cristológico y tiene como primera fuente la oración.

Así vistas las cosas el motivo de la pedagogía de Dios es el desarrollo de todo cristiano en cuanto tal y no sólo de aquellos que se consideran inmaduros. En la Biblia la responsabilidad educativa se une a la figura del padre, Efesios 6, 1—4. Hay otros textos en los que sin que haya una relación de sangre, hay una comunicación vital, una promoción al crecimiento, en último caso con una relación al vocabulario de la paideia (1 Cor. 15, 2; 2 Tim. 2, 25; 1 Tim. 2, 20). ¿En qué sentido este ejercicio ministerial de Pablo reviste relevancia educativa? ¿Qué significa para Pablo ser padre y no pedagogo, 1 Cor. 4, 15?

Es de todos conocido cómo, en la experiencia de la Iglesia, el "Padre Espiritual", en la figura del sacerdote, tiene un rol educativo de primer orden; es la manera como Pablo piensa su paternidad — ministerio hacia los otros, pues muchas veces se declara padre de la comunidad que él ha conducido en la Fe a lo largo de su ministerio.

En 1 Tes. 2, 7—12 compara su actitud con los fieles o con un padre nutricio. Pero sobre todo en las dos Cartas a los Corintios que tienen los textos significativos Pablo reivindica la paternidad hacia sus fieles; él los ha generado, gracias al Evangelio; verdadero padre y no odioso pedagogo, 1 Cor. 4, 14—15; esto se los recuerda dos veces para mantenerlos unidos en torno a su persona (2 Cor. 6, 12—13; 12, 14—15). En Gálatas 4, 19 expresa su actividad apostólica sirviéndose de la metáfora de la maternidad, como lo hizo con Filemón a propósito de Onésimo (Fil. 1); Timoteo y Tito, en este mismo sentido son llamados "sus hijos auténticos" (1 Tim. 1, 2; Tito 1, 4; 1 Tim. 1, 8; 2 Tim. 1, 2; Tim. 2, 1).

En el contexto bíblico y helenístico la metáfora de la paternidad comporta dos características principales:

Un énfasis por el cual el padre es educador; el educador es padre y el discípulo hijo (paternidad educativa); así llega a su culmen de desarrollo la vida recibida de los padres. Así la paternidad pedagógica hace pensar en la generación física. Es el contexto en el que se mueve Pablo.

La paternidad que Pablo expresa en las Cartas Pastorales de Timoteo y Tito (1 Tim. 1, 2.18; 2 Tim. 1, 2; Tito 1, 4) es una relación que no proviene de la pedagogía humana, sino es don de Dios (2 Tim.

3, 14—15) y colaborando en la difusión del Evangelio (Filip. 2, 22; 1 Cor. 4, 17), se convierten en herederos del padre y adquieren a su vez una paternidad. Por eso todo el ministerio pastoral es una educación cristiana permanente. Así el Educador cristiano es un didáskolos, un maestro, un cuidadoso dispensador de la palabra de la verdad (2 Tim. 2, 15), que habla con autoridad (1 Tim. 4, 11) a través de las diversas formas de enseñanza.

La Iglesia es como la Escuela (1 Tim. 4, 8), un lugar donde se enseña (2 Tim. 3, 15; Hechos 13, 1—2; 1 Cor. 14, 26), los educadores son los que enseñan; la fe y la educación cristiana son el contenido de lo que se enseña. Se trata de una formación doctrinal y práctica (1 Cor. 4, 17; 2 Tim. 2, 2; 3, 10). Esta enseñanza se desarrolla principalmente por medio de la exhortación (paráclisis: 1 Tim. 4, 13; 6, 3; 2 Tim. 4, 2; Tito 2, 15) y la corrección (Tito 2, 15; 3, 10; 1 Timoteo 3, 16; 4, 2). El objetivo es “la formación de la conciencia y la cristianización del sentido moral” mediante “la anamnesis” (= recuerdo: Ef. 2, 10; 2 Pe. 1, 12s; 2 Tim. 2, 14; Jud. 1, 7; Tito 3, 1); el llamado a la decisión razonada y libre, no coactiva (Filem. 1, 4; 1 Pe. 5, 2; 2 Cor. 8, 10—11; Hebreos 10, 26); al sentimiento de lealtad y honor (1 Tes. 4, 11—12; 1 Cor. 13, 5; Col. 4, 5; 1 Pe. 2, 12.15; 3, 16).

En síntesis se trata de educar en y para la libertad de los hijos de Dios. Pero no hay que olvidar que si de enseñanza se trata los hijos de Dios no tienen más que un jefe, su Padre del cielo, un solo maestro, Cristo (Mateo 23, 8—10); un solo guía hacia la verdad, el Espíritu Santo (Juan 16, 12—15); en consecuencia la fuente de toda educación no puede ser otra que “la gracia educadora” (Tito 2, 11—12) y la Palabra de Dios (Rom. 4, 23—24; 15, 4; 1 Cor. 10, 11; 2 Tim. 3, 16. . .). Esto delimita así el papel de un educador de la comunidad: transmitir la gracia, explicar la Palabra de Dios y ayudar a crecer en la Fe.

“... más aún: cualquier cosa tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido personalmente al Mesías Jesús mi Señor. Por él perdí todo aquello y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo e incorporarme a él, no por tener la propia rectitud que concede la Ley, sino la que viene por la fe en el Mesías, la rectitud que Dios concede como repuesta a la fe. Quiero así tomar conciencia de su persona, de la potencia de su resurrección y de la solidaridad con sus sufrimientos, reproduciendo en mí su muerte para ver de alcanzar como sea la resurrección de entre los muertos.

No es que ya haya conseguido el premio o que ya esté en la meta; sigo corriendo a ver si lo obtengo, pues el Mesías Jesús lo obtuvo para mí. Hermanos, yo no pienso haberlo ya obtenido personalmente, y sólo una cosa me interesa: olvidando lo que queda atrás y lanzándome a lo que está delante, correr hacia la

meta, para coger el premio al que Dios llama desde arriba por el Mesías Jesús.

¡A ver, los hombres hechos, ésta es nuestra línea! Y si en algún punto pensáis de otro modo. Dios se encargará de aclararos también eso. En todo caso, seamos consecuentes con lo ya alcanzado.

Hermanos, seguid todos mi ejemplo y tened siempre delante a los que proceden según el modelo que tenéis en nosotros, porque andan por ahí muchos. . . ¡Cuántas veces os he señalado, y ahora lo hago con lágrimas en los ojos, a esos enemigos de la Cruz del Mesías! Su paradero es la ruina, honran a Dios con el estómago y ponen su gloria en sus vergüenzas, centrados como están en lo terreno.

Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos como salvador al Señor Jesús, el Mesías; él transformará la bajeza de nuestro ser reproduciendo en nosotros el esplendor del suyo, con esa energía que le permite incluso someterse el universo. De modo que, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, mis amigos, manteneos así fieles al Señor". Filipenses 3, 8 — 4, 1.

SUMARIO